

## LOS PROCESOS NEOLÓGICOS DEL LÉXICO CIENTÍFICO. ESBOZO DE CLASIFICACIÓN<sup>1</sup>

JOSÉ CARLOS MARTÍN CAMACHO

Universidad de Extremadura

### Resumen

El lenguaje científico emplea para conformar su caudal léxico diversos recursos que pueden clasificarse en dos grandes bloques: adopción de palabras procedentes de otros ámbitos léxicos, sean o no de la misma lengua, frente a creación de términos por medio de mecanismos lexicogénicos. Esos procedimientos empleados por el vocabulario científico muestran un claro paralelismo con los propios del léxico común, pero no una identidad absoluta, ya que, aunque son los mismos en ambos planos, se constatan divergencias respecto a su productividad y, sobre todo, al tipo de unidades que les sirven de base.

*Palabras clave:* Léxico científico, creación de palabras, morfología.

### Abstract

Two different types of devices are employed in scientific discourse to conform its lexical collection: The adoption of words from other lexical domains (in the same language or not), and the coinage of terms by means of lexico-founding means. These procedures demonstrate similar features to the formation of common lexis. However, they differ in their identity, since a divergence regarding productivity and type of lexical units is clear.

*Keywords:* Scientific lexis, word-coinage, morphology.

---

<sup>1</sup> Este trabajo se basa en el capítulo «Las fuentes del vocabulario científico» de nuestro libro *El vocabulario del discurso tecnocientífico*, Madrid, Arco/Libros, 2004, págs. 52-70. En esa obra se plantea este tema de forma panorámica y desde una perspectiva didáctica; ahora pretendemos exponer con mayor detalle y fundamentación teórica las cuestiones allí tratadas.

## 0. Introducción

El vocabulario científico se ha configurado y se configura gracias al recurso a diversas fuentes y procesos lexicogenésicos<sup>2</sup>. Cada rama de la ciencia parece mostrar preferencias por algunas de esas estrategias en detrimento de las demás, pero, en todo caso, los mecanismos se repiten en todas ellas constituyendo lo que podríamos considerar la base neológica del lenguaje científico. Este artículo pretende ofrecer una clasificación de esas estrategias atendiendo a varios principios.

Por lo que se refiere al corpus analizado, conviene mencionar dos aspectos:

Primero, los datos corresponden exclusivamente al léxico científico del español; sin embargo, dado que las terminologías científicas tienen un marcado carácter internacional<sup>3</sup>, esta propuesta de clasificación podría servir de base para la comparación con otras lenguas.

Por otra parte, se analizan sólo términos próximos al hablante medio, esto es, voces científicas que pueden pertenecer a su competencia léxica, activa o pasiva<sup>4</sup>; lo cual no implica que la clasificación quede sesgada, ya que los

---

<sup>2</sup> En este estudio se restringe el concepto *vocabulario científico* a las unidades léxicas normalmente llamadas *términos*, esto es, a las palabras que designan los objetos, fenómenos y procesos estudiados por cada ciencia, así como los instrumentos, procedimientos y personas implicados en ese estudio o en sus resultados: *célula, catálisis, hipoxia, bisturí, endoscopia, biólogo...* (sobre esta noción, cf. Arntz, R. y Picht, H., *Introducción a la terminología*, Madrid, Pirámide, 1995, págs. 57-62; Cabré, M<sup>a</sup>T., *La terminología. Teoría, metodología, aplicaciones*, Barcelona, Antártida, 1993, págs. 170-171; Gutiérrez Rodilla, B.M., *La ciencia empieza en la palabra. Análisis e historia del lenguaje científico*, Barcelona, Península, 1998, págs. 85-89). Sin embargo, los términos no agotan la especificidad del vocabulario científico, ya que en él se incluyen dos tipos más de palabras: las propias del metalenguaje científico (*argumento, evidencia, conclusión...*), que se emplean en la comunicación científica para conferir rigor y veracidad a las informaciones transmitidas; y las de la metodología científica, que se refieren a las pautas y procedimientos básicos de la ciencia (*investigar, observar, examinar...*).

<sup>3</sup> Como afirma Coseriu («Introducción al estudio estructural del léxico», en *Principios de semántica estructural*, Madrid, Gredos, 1977, págs. 87-142, esp. 96-100), los términos científicos son «interidiomáticos» (responden a la misma interpretación de la realidad en las distintas lenguas), algo que propicia que puedan ser traducidos sin dificultad, ya que en este caso traducir equivale a sustituir unos significantes por otros. Pero, además, esos significantes suelen ser similares, al menos en las principales lenguas occidentales (cf. esp. *biología* con ing. *biology*, fr. *biologie*, it. *biologia*, al. *Biologie*), algo que responde al empleo de procesos y elementos paralelos. Esto favorece la comunicación científica al difuminar las barreras interlingüísticas, pero no hay que olvidar que no todas las lenguas siguen estas pautas (el alemán se aparta de ellas a menudo) y que esta «universalidad» puede ser fruto de intereses ajenos a lo puramente lingüístico (sobre esto, vid. Galán, C. y Montero, J., *El discurso tecnocientífico: la caja de herramientas del lenguaje*, Madrid, Arco/Libros, 2002, págs. 21-23).

<sup>4</sup> De hecho, las fuentes principales del corpus son las dos últimas ediciones del *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española (1992 y 2001), las dos versiones del *Diccio-*

términos que excluimos —los que sólo conocen los especialistas— siguen las mismas pautas que los “banalizados”: formas como *braquicefalia*, *caquexia* o *doppler* responden a los mismos procesos que *biosfera*, *célula* o *hardware*.

Por lo que respecta a las estrategias empleadas en la conformación del léxico científico, parece conveniente agruparlas en dos grandes bloques: adopción frente a creación. El primero engloba los términos que la ciencia toma de otros ámbitos léxicos, sean o no de la misma lengua; el segundo, aquellos contruidos mediante algún proceso de formación de palabras<sup>5</sup>. En lo que sigue, se expondrán los diversos mecanismos que pueden incluirse bajo cada uno de estos epígrafes.

### 1. Adopción de términos

Una cantidad muy importante de voces científicas tiene su origen en palabras que las diversas ciencias adquieren bien de otros ámbitos léxicos de la misma lengua o bien de otras lenguas. En función de ello, cabe distinguir cuatro fenómenos distintos: la habilitación de términos a partir de palabras del vocabulario común de la misma lengua (terminologización); el paso de términos de unas ciencias a otras (trasvases); la adopción de términos de otras lenguas coetáneas (extranjerismos); la conversión en términos de elementos léxicos procedentes de las lenguas clásicas (cultismos).

#### 1.1. TERMINOLOGIZACIÓN

Un recurso muy empleado para designar las realidades que va hallando la investigación científica es atribuir a una palabra del léxico común un nuevo significado, más preciso y específico que el originario. Ello produce un cambio semántico en virtud del cual la palabra, al quedar asociada a un ámbito científico concreto, se convierte en término<sup>6</sup>.

---

nario de uso del español de María Moliner (1987 y 1998), el *Diccionario del español actual* de Seco, Andrés y Ramos (Madrid, Aguilar, 1999), el *Gran diccionario de la lengua española* de Larousse (Barcelona, Larousse Planeta, 1996) y el *Vocabulario científico y técnico* de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (3ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1996), único diccionario específicamente científico al que se ha recurrido. Por otro lado, la afirmación de que los términos son conocidos por los hablantes no debe entenderse en el sentido de que éstos sean capaces de usarlos con plena conciencia de su auténtico valor semántico; como es bien sabido, los hablantes emplean a menudo las palabras especializadas sin un conocimiento exacto de su designación (cf. Gutiérrez Rodilla, *op. cit.*, pág. 328; Arntz y Picht, *op. cit.*, pág. 40; Martín Camacho, *op. cit.*, págs. 22-23).

<sup>5</sup> Otras clasificaciones se encuentran en Gutiérrez Rodilla, *op. cit.*, págs. 108-154; Arntz y Picht, *op. cit.*, págs. 146-156; Cabré, *op. cit.*, págs. 174-179 y 447-448.

<sup>6</sup> Cf. Gutiérrez Rodilla, *op. cit.*, págs. 144-152; Arntz y Picht, *op. cit.*, págs. 38-39 y 148-149; Martín Zorraquino, M<sup>a</sup>A., «Formación de palabras y lenguaje técnico», en *Revista Española de Lingüística*, 27-2 (1997), págs. 317-319, esp. pág. 337; Cabré, *op. cit.*, págs. 181-182 y 191.

Este proceso es habitual en las etapas iniciales de las ciencias y, de hecho, la lengua científica nació, en la Grecia clásica, a partir de él, dado que los primeros científicos griegos hubieron de acudir a palabras del léxico estándar para nominar los resultados de sus investigaciones: términos como *cometa*, *peroné* o *esperma* se habilitaron a partir de palabras comunes que significaban ‘cabellera’, ‘clavija’ y ‘semilla’ respectivamente<sup>7</sup>. De igual modo, una ciencia aún en sus inicios como la informática recurre a menudo a esta posibilidad, como muestran *memoria*, *campo* o *bucle* (algo que también se da en inglés, fuente principal de la terminología informática: *mouse*, *density*...). Pero no sólo en las fases tempranas de las ciencias se encuentran casos de este fenómeno; en realidad, pueden hallarse en cualquier época y en cualquier campo científico: *ácido* (química), *acoplar(se)* (física), *bastón* (biología), *clase* (botánica, zoología, lingüística), *diferenciación* (biología, matemáticas), *dinámica* (física), *dispersión* (física, química, matemáticas), *familia* (biología), *narcótico* (medicina), *tálamo* (anatomía, botánica), *trabajo* (física)<sup>8</sup>.

En todos estos ejemplos, el puente que permite el paso desde el léxico general al especializado es la metáfora, es decir, el reconocimiento de ciertas semejanzas entre lo designado en la lengua general y el concepto científico que se quiere etiquetar. Ese proceso analógico puede descansar sobre variados fundamentos, como son el parecido formal (*bastón*, *tálamo*), la similitud de las acciones (*acoplarse*, *diferenciación*), la equivalencia en la constitución (*clase*, *familia*), la posesión de propiedades semejantes (*ácido*, *narcótico*) o la producción de consecuencias similares (*dispersión*, *trabajo*).

## 1.2. TRASVASES

Casi idéntico al anterior es el proceso por el cual una ciencia adopta, para satisfacer la necesidad de denominar un nuevo concepto, un término propio de otra disciplina. La diferencia respecto a la terminologización estriba en que este caso la forma original pertenece ya al vocabulario científico, de modo que se establece una especie de préstamo entre subcódigos de un mismo código general (el científico)<sup>9</sup>.

Algunos ejemplos de este fenómeno: *polo*, término originariamente usado en geometría para designar los ejes de la esfera, se emplea en física para aludir a los terminales de un circuito eléctrico y en geografía para indicar los puntos

<sup>7</sup> Gutiérrez Rodilla, *op. cit.*, págs. 41-43.

<sup>8</sup> En *ácido*, *dinámica* y *narcótico* el cambio semántico va acompañado de otro categorial, ya que estas palabras son adjetivos que se han transformado en sustantivos en el ámbito científico.

<sup>9</sup> Cf. Gutiérrez Rodilla, *op. cit.*, págs. 144-152.

de intersección del eje de rotación de la Tierra; *raíz*, cuya acepción propia es la de botánica, se usa también en lingüística y en matemáticas; en fin, la informática ha copiado de la biología *virus* para designar los programas que se introducen en el sistema operativo de los ordenadores causando diversos daños. Como puede deducirse, esta forma de préstamo inтраidiomático se fundamenta en el reconocimiento de analogías entre los correspondientes conceptos o realidades, esto es, en un proceso metafórico similar al de la terminologización: en *polo*, el parecido se encuentra en la posición de los elementos respecto a estructuras superiores; en *raíz*, la conexión estriba en la interpretación de los conceptos implicados como las partes fundamentales de un todo; en *virus*, la semejanza se halla en las consecuencias que acarrearán las correspondientes realidades.

### 1.3. EXTRANJERISMOS

Una de las fuentes básicas del vocabulario científico de cualquier lengua es la adopción de términos creados en otros idiomas, fenómeno que es consecuencia natural de la difusión de los descubrimientos y avances de la ciencia: el trabajo científico es claro exponente de la globalización del mundo actual, por lo que resulta lógico que sus resultados se transmitan de un lugar a otro acompañados de las denominaciones que han recibido en su origen. Ello, junto al hecho de que el léxico científico emplea mecanismos similares en las principales lenguas de cultura (*cf. supra* el apartado *Introducción*), ocasiona un problema importante para un análisis como el planteado en este trabajo, ya que no es infrecuente que un término, a pesar de tener apariencia autóctona, provenga de una lengua extranjera. Así, *asepsia*, *isobara* o *catatonía* podrían ser interpretados como españoles, pero proceden de otras lenguas (los dos primeros del francés, el tercero del alemán). De igual modo, el parecido que muestran en diferentes idiomas muchos términos (*cf.* el ejemplo de *biología* citado en la nota 3) puede deberse tanto a formaciones paralelas como a la adopción por parte de unas lenguas de términos creados en otras. La única forma de resolver esta cuestión es investigar individualmente el origen de cada palabra, algo que no corresponde a la intención de este artículo. No obstante, es necesario aludir a ello porque no conviene pasar por alto que cualquier tipología de los mecanismos implicados en la constitución del vocabulario científico ha de tener en cuenta que muchos términos no son fruto de procesos morfológicos de la lengua en cuestión sino extranjerismos.

Sea como fuere, las formas ajenas entran en la lengua receptora del mismo modo que en el ámbito común; esto es, como:

a) Barbarismos no adaptados ni gráfica ni fónicamente: *big bang*, *input*, *pixel*.

b) Préstamos, o extranjerismos amoldados a las pautas fónico-gráficas de la lengua de llegada: *estrés*, *hormona* (del inglés); *gripe*, *testosterona* (del francés); *cuarzo* (del alemán); *pelagra* (del italiano); *caucho* (del quechua).

c) Calcos semánticos, es decir, formas traducidas: *bioquímica* (del francés); *marcapasos*, *somatizar* (del inglés).

Conviene hacer ciertas precisiones respecto a esta clasificación.

Por un lado, no es extraño que un término aparezca en el habla con más de una forma, algo que puede deberse a preferencias sociales o geográficas (por ejemplo, el español peninsular emplea mayoritariamente *ordenador*, frente al americano *computadora*) o a las vacilaciones de los hablantes sobre el origen del término o sobre su integración en el sistema. Las más frecuentes son las alternancias entre barbarismo y préstamo (*cuásar* - *quásar* - *quasar*, *láser* - *laser*), pero también se dan dualidades entre la traducción o no del término (*compact disc* - *disco compacto*; *big bang* - *gran explosión*, registrado en el *Vocabulario científico y técnico* de la Real Academia de Ciencias).

Por otro, no conviene obviar que, a veces, la forma extranjera, sea por esnobismo o por desconocimiento de la terminología científica de la lengua receptora, se solapa con otra ya existente. Así, *negatrón* (del ing. *negatron*) es sinónimo de *electrón*; *hiperestesia* (del fr. *hyperesthésie*) equivale a *hipersensibilidad*; *hematie* (del fr. *hématie*) es una simple variante de *glóbulo rojo*<sup>10</sup>.

#### 1.4. CULTISMOS

Numerosas palabras llegan al léxico científico directamente de las lenguas clásicas, sin pasar antes por el caudal común<sup>11</sup>. Se trata, pues, de términos de procedencia grecolatina, si bien conviene advertir que en su origen no todos formaban parte del vocabulario científico, de modo que conviene distinguir dos tipos.

Por un lado, aquellos, a los que es posible llamar *heredados*, que se han incorporado al léxico científico moderno con la misma referencia que poseían en latín o en griego, donde funcionaban ya como términos. Las voces encuadrables en este grupo son muchas, algo lógico dado que la ciencia

<sup>10</sup> Esto origina casos de sinonimia contrarios al ideal de univocidad perseguido por el lenguaje científico (cf. Gutiérrez Rodilla, *op. cit.*, págs. 94-98; Cabré, *op. cit.*, págs. 216-218; Galán y Montero, *op. cit.*, págs. 24-25).

<sup>11</sup> Esta circunstancia distingue estas voces de aquellas otras que, aun procediendo del latín o del griego, han entrado en la lengua científica a través de la común mediante procesos de terminologización; tal es el caso de *pájaro* (latín vg. *passar*; *-aris*), palabra que la biología adoptó para designar las aves del género *paseiforme*. Por otro lado, no todas las palabras registradas en este apartado proceden de la época clásica del latín y del griego, pues bastantes son de etapas posteriores, especialmente del bajo latín (p. ej., *viruela*, *insecto*, *retina*).

moderna constituye la continuación de la nacida en la Antigüedad clásica<sup>12</sup>. Algunos ejemplos:

*Apoplejía, asma, edema, epidemia, hemorragia, lipotimia, tumor* (medicina); *arteria, cerebro, esqueleto, glándula, músculo, tórax* (anatomía); *anfibio, insecto* (biología); *ángulo, círculo, esfera, hipérbola* (geometría); *aritmética, número* (matemáticas); *cometa, cosmografía* (astronomía); *cáliz* (botánica); *seísmo* (geología).

Frente a estas formas se hallan las que podrían calificarse como *adaptadas*, es decir, aquellos términos formados a partir de palabras latinas o griegas ajenas al léxico científico mediante un cambio semántico que descansa, una vez más, sobre un proceso analógico basado en la percepción de similitudes o conexiones entre la realidad científica que se quiere nominar y la palabra clásica. Ejemplos de ello serían, entre otros muchos, *axis* (lat. *axis* 'eje'), *agnosia* (gr. ἀγνοσία 'desconocimiento'), *ameba* (gr. ἀμοιβή 'cambio'), *bacilo* (lat. *bacillum* 'bastoncillo', dim. de *baculum* 'bastón'), *catálisis* (gr. καταλυσις 'disolución'), *coma* (gr. κῶμα 'sopor, sueño profundo'), *fonema* (gr. φωνημα 'sonido de la voz'), *gameto* (gr. γαμετή 'esposa' y γαμετης 'esposo'), *menisco* (gr. μηνισκος 'media luna'), *parásito* (gr. παρασιτος 'huésped, comensal'), *rótula* (lat. *rotula* 'ruedecilla'), *virus* (lat. *virus* 'veneno, ponzoña').

Como muestran estos ejemplos, el cambio semántico que experimentan las palabras originarias tiene en todos los casos una raíz metafórica que emana del reconocimiento de semejanzas entre el concepto designado en la lengua común y el científico. Dichas similitudes pueden hallarse en el parecido formal (*axis, bacilo, menisco, rótula*), en la posesión de características semejantes (*ameba, coma, fonema, virus*), en el paralelismo de las acciones o de las situaciones correspondientes (*catálisis, agnosia*) o en la identificación de modos de ser o de comportarse equiparables (*gameto, parásito*).

## 2. Creación de términos

El segundo gran pilar de la neología científica es la formación de palabras por medio de los mecanismos lexicogénicos de que dispone el idioma. Esos procesos se dividen en dos bloques según su modo de actuación: aquellos que tienen en cuenta los componentes morfológicos de las palabras (morfemáticos) frente a aquellos que no atienden a la estructura morfológica (no morfemáticos).

Tanto en un caso como en otro, estos procedimientos siguen en el ámbito científico idénticas pautas que en el léxico común, salvo en lo que respecta a los elementos que les sirven de materia prima (cf. *infra* § 2.1) y a su fre-

<sup>12</sup> Cf. Gutiérrez Rodilla, *op. cit.*, págs. 40-48.

cuencia<sup>13</sup>. En ese sentido, aunque no es objetivo de este artículo abordar análisis cuantitativos, sí parece útil aludir al hecho de que ciertos procesos, sin llegar a ser exclusivos, son más habituales en uno de estos ámbitos que en el otro:

La formación de palabras mediante elementos tomados del latín y del griego es mucho más frecuente en el léxico científico que en el común. Mientras que la terminología de las ciencias está plagada de formas como *adenoma*, *bursitis* (raíz + sufijo grecolatinos), *anoxia*, *endocardio* (prefijo + raíz grecolatinos), *ignífugo*, *zoología* (dos raíces grecolatinas), en el vocabulario común son escasas: *bibliófilo*, *coreografía*, *lacrimógeno* o *semáforo* son algunas de las pocas palabras que la lengua general ha formado con morfemas de este origen<sup>14</sup>.

Por el contrario, la siglación muestra mayor vitalidad en el léxico común que en el científico. Si en el vocabulario de las ciencias son ejemplares raros *ADN*, *ARN*, *PH* o *sida*<sup>15</sup>, en el léxico común las siglas alcanzan a grupos de conceptos muy variados: organizaciones (PSOE, PP), entidades (COPE, SER), lugares (EE UU, URSS), expresiones fijas (DEP, ADG)...

## 2.1. MECANISMOS MORFEMÁTICOS

Son aquellos que permiten acuñar nuevas palabras a partir de la combinación de morfemas, sean éstos raíces o afijos. Tanto en el léxico común como en el científico se clasifican, según el modo de enlace de los morfemas, en sufijación, prefijación, composición y parasíntesis (o circunfijación). Sin embargo, en el ámbito científico presentan la peculiaridad de que los ele-

<sup>13</sup> También se ha señalado que la formación de palabras en el plano científico responde a mecanismos más rígidos que en el ámbito general, algo que se ha bautizado como «derivación fabricada» por oposición a la «derivación espontánea» (*vid.* Martín Zorraquino, art. cit., págs. 324-328); sin embargo, como señala la propia autora, en el léxico común también se dan casos de esa derivación fabricada en la que el significado de los formantes «se define en el propio momento de la creación» (pág. 325).

<sup>14</sup> Estas voces pertenecen además a campos especializados, algo que permite aventurar la hipótesis de que la lengua común no recurre a estos elementos en la formación de palabras (salvo en creaciones humorísticas en las que el componente grecolatino experimenta un notable cambio de significado: *cuentitis*, *chismografía*, *chupóptero*). Ello se debe a que el conocimiento de estas unidades no pertenece a la competencia «natural» de los hablantes.

<sup>15</sup> Esta afirmación se limita a los casos en que las siglas se comportan como unidades léxicas plenas, esto es, como las formas que se emplean de manera habitual en la comunicación científica (*ADN* o *sida* aparecen en [casi] todos los contextos, mientras que las formas desarrolladas se utilizan en contadas ocasiones). Hay que diferenciar esto del recurso a las siglas por razones de economía, caso en el que la frecuencia del proceso es mucho mayor; valga como ejemplo el abuso que se hace de las siglas en los escritos de ciertas corrientes lingüísticas (*GGT*, *SN*, *RL*, *HRB*...) o en los historiales médicos (*vid.* un ejemplo en Gutiérrez Rodilla, *op. cit.*, pág. 103). No obstante, quizás un estudio más detenido mostraría que el empleo de siglas abunda en ciertos campos, como parece ocurrir con la tecnología automovilística (*ABS*, *TDI*, *EDS*...).

mentos que intervienen en ellos son más variados que en el léxico estándar. De hecho, cabe distinguir tres clases de unidades:

1. Morfemas del léxico común, que pueden conservar su significado o haber adquirido otro diferente, aunque no siempre es fácil deslindar ambas posibilidades. Así, las raíces experimentan el cambio semántico antes de entrar en el proceso derivativo debido a la terminologización (por ejemplo, *acoplamiento* deriva de *acoplar* en el sentido citado más arriba), lo muestran sólo en la formación de la nueva palabra (en el término botánico *labiado*, *labio* adquiere un significado distinto al del léxico estándar) o conservan inalterado el significado de la lengua común (*calor* en *calorímetro*). Por su parte, los afijos pueden tener el mismo significado que en la lengua común (así sucede con *anti-* en *antipirético* o *antiseptia*), tomar uno diferente (*-oso* añadido a nombres de enfermedades pierde su valor abundancial para conservar únicamente un contenido relacional: *comatoso*, *gotoso*) o incluso mostrar, según los casos, un significado cercano al del léxico común u otro distinto<sup>16</sup>. En la clasificación que se desarrollará en los próximos epígrafes se tendrá en cuenta únicamente el rasgo de que estos elementos proceden de la lengua común, sin entrar en detalles sobre si conservan o no su valor semántico original.

2. Morfemas exclusivos del léxico científico, al que han llegado por diversas vías. Cabe incluir aquí tanto raíces, normalmente procedentes de cultismos o de préstamos (*amígdala*, *célula*, *gen*, *cuarzo*, *gripe*<sup>17</sup>), como afijos de la terminología de diversas ciencias: *-ato*, *-uro*, *-ina*, *-ón*, *-oso*, *-osa* (de la química: *carbonato*, *cloruro*, *morfina*, *radón*, *ferroso*, *lactosa*), *-ón* (de la física: *fotón*)<sup>18</sup>, *-ita* (de la mineralogía: *cuarcita*)<sup>19</sup>.

<sup>16</sup> Ello ocurre con *-ismo*, sufijo que en el léxico científico muestra una polisemia que sólo en parte coincide con la de la lengua estándar: en *autismo* posee igual valor que en *egoísmo*, en *catabolismo* se percibe el significado de 'conjunto' que también se da en el léxico común; en cambio, los valores que presenta en *botulismo*, *paludismo* o *neologismo* no parecen relacionables con los de la lengua general.

<sup>17</sup> Muchas de estas raíces se incorporan también al léxico estándar, pero ello no afecta a su definición como específicas del lenguaje científico.

<sup>18</sup> Por tanto, encontramos dos sufijos *-ón* distintos en la terminología científica. El primero se emplea en química para formar las denominaciones de los gases nobles; el segundo, en física para aportar el contenido 'partícula elemental'.

<sup>19</sup> Estos afijos ofrecen un abanico de aspectos dignos de estudio que aquí sólo podemos apuntar. Respecto a su origen, algo que no ha sido aún suficientemente estudiado (*vid.* algunas notas en Gutiérrez Rodilla, *op. cit.*, págs. 128-129), parece que proceden de dos fuentes: bien son morfemas del léxico común que han adquirido un significado especializado (caso de *-oso* y *-osa*, que presentan en química un contenido similar al abundancial de la lengua estándar), bien son terminaciones extraídas de palabras en las que originariamente no funcionan como sufijos (por ej., de *alcohol* se ha tomado la terminación *-ol*, que se ha aplicado como si de un sufijo se tratase a *benzol* o *etanol*). Por otra parte, muchos de ellos pertenecen al ámbito de las nomenclaturas, esto es, a esa clase especial de términos con los que algunas ciencias pretenden

3. Morfemas adoptados del latín y del griego que se utilizan únicamente en la formación de palabras científicas o, cuando menos, especializadas. Son, como se ha mencionado ya, muy frecuentes en el vocabulario de las ciencias<sup>20</sup>: *endo-*, *aniso-*, *-oma*, *-osis* (afijos); *aero*, *patía*, *anemo* (raíces). Su empleo suscita varias cuestiones en las que conviene detenerse.

a) El mayor problema es delimitar la frontera entre raíces y afijos, algo muy complicado, al menos a juzgar por las divergencias que se observan en las clasificaciones propuestas en diversas fuentes<sup>21</sup>. Como botón de muestra, en la obra de Alemany Bolufer se citan como prefijos *ana-*, *anfi-*, *cata-*, *centi-*, *deca-*, *dia-*, *dis-*, *endo-*, *epi-*, *hecto-*, *hexa-*, *hiper-*, *hipo-*, *meta-*, *mili-*, *miria-*, *mono-*, *multi-*, *pan-*, *peri-*, *poli-*, *proto-*, *super-* y *ultra-*. De ellos, el DRAE considera prefijos *ana-*, *cata-*, *dia-*, *dis-*, *epi-*, *peri-* y *ultra-*; mientras que denomina «elemento compositivo» a *anfi-*, *centi-*, *deca-*, *endo-*, *hecto-*, *hexa-*, *hiper-*, *hipo-*, *meta-*, *mili-*, *miria-*, *mono-*, *multi-*, *pan-*, *poli-*, *proto-* y *super-*. Por su parte, el DUE define como prefijos *ana-*, *anfi-*, *cata-*, *centi-*, *deca-*, *dia-*, *dis-*, *endo-*, *epi-*, *hecto-*, *hexa-*, *hiper-*, *hipo-*, *meta-*, *mili-*, *pan-*, *peri-*, *super-* y *ultra-*; y clasifica como raíces *miria-*, *mono-*, *multi-*, *poli-* y *proto-*. En fin, Rainer cita en el apartado dedicado a la prefijación *anfi-*, *centi-*, *deca-*, *dia-*, *dis-*, *endo-*, *epi-*, *hecto-*, *hexa-*, *hiper-*, *hipo-*, *meta-*, *mili-*, *mono-*, *multi-*, *pan-*, *peri-*, *poli-*, *proto-*, *super-* y *ultra-*. Como puede deducirse, faltan criterios sólidos con los que distinguir raíz de afijo para

---

designar conceptos clasificados en virtud del acuerdo entre los especialistas (cf. Gutiérrez Roldilla, págs. 206-210). Finalmente, cabe resaltar el carácter internacional de muchos de ellos: por ej., el sufijo *-ina* que emplea en español la terminología química equivale al inglés *-ine* y al francés *-ine* (de hecho, *naftalina* es, según el DRAE, un galicismo, igual que *gasolina* y *lanolina* son anglicismos)

<sup>20</sup> Más aún, puede afirmarse que el léxico científico prioriza su empleo. Buena prueba de ello es que a la hora de crear palabras complejas se escogen a menudo como bases las formas clásicas aun cuando existen otras modernas paralelas (v. g., *coma* - *comatoso*, *clima* - *climatología*, *cuerda* - *corditis*) o equivalentes (casos como *intestino* - *enteritis*, *estómago* - *gastralgia*). Por ello mismo, muchas veces se hace imposible determinar si los componentes morfológicos de ciertos términos son clásicos o modernos, como ocurre por ej. con *linfocito*, *ideograma* o *plantigrado*, que podrían estar formados sobre *linfa*, *idea* y *planta* o, como se postula en el DRAE (22ª ed.), sobre lat. *lymphā*, gr. *ιδεα* y lat. *planta*.

<sup>21</sup> Cf. Martín Camacho, J.C., «La creación de palabras con elementos procedentes de las lenguas clásicas», en Fernández González, J. y otros (eds.), *Lingüística para el siglo XXI*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1999, págs. 1101-1108, esp. 1104. En esa obra se comparan las clasificaciones propuestas en Alemany Bolufer, J., *Tratado de la formación de palabras en la lengua castellana*, Madrid, Victoriano Suárez, 1920, en la 21ª edición del DRAE (1992) y en la edición original del *Diccionario de uso del español*. Estas tres se muestran en el cuerpo del texto junto a la de Rainer (*Spanische Wortbildungslehre*, Max Niemeyer Verlag, Tübingen, 1993). Por lo que respecta a las últimas ediciones de los diccionarios citados, cabe señalar que en la 22ª ed. del DRAE sólo cambia la clasificación de *ultra-*, considerado ahora como elemento compositivo; en cambio, en la segunda edición del DUE todos los elementos que se denominaban raíces en la primera pasan a ser considerados como «elementos prefijos».

estos casos. Encontrarlos queda fuera del alcance de este artículo, pero es obvio que los elementos aquí analizados deberán atribuirse a una de esas categorías, pues de ello dependerá que se les asigne a los procesos de afijación o de composición. Desde ese punto de vista, parece factible adoptar, al menos provisionalmente, un criterio semántico-distribucional por el que se interpretarán como afijos los elementos que sólo aparecen en una posición (antepuestos o pospuestos: *hiper-*, *endo-*; *-itis*, *-oma*) y cuyo significado reorienta el de los morfemas a los que se unen (*hiperemia*, *lipoma*). En cambio, se tratarán como raíces las unidades que posean un tipo de contenido afín al de los morfemas léxicos del vocabulario común y que muestren la posibilidad de variar posicionalmente: *cardi(o)* equivale a ‘corazón’ y se sitúa antes de un sufijo (*carditis*), detrás de un prefijo (*endocardio*) o en las dos posiciones de un compuesto (*cardiología*, *taquicardia*).

b) Con esto se solventa otra de las dudas que plantean estas unidades morfológicas: la posibilidad de considerar, como han propuesto diversos autores, que los formantes de palabras como *hidrógeno* o *biología* constituyen una clase especial de afijos<sup>22</sup>. Teniendo en cuenta, por un lado, la distinción entre afijos y raíces que se acaba de mencionar y, por otro, las evidentes diferencias que presentan los verdaderos afijos respecto de los elementos compositivos grecolatinos, queda claro que éstos se encuentran más próximos a las raíces que a los afijos, puesto que<sup>23</sup>: se combinan con unidades de su misma clase para formar nuevas palabras, algo imposible para los afijos (*morfología*, pero *\*indad*, *\*antición*); muchos aparecen tanto antepuestos como pospuestos, frente a los afijos (*cefalópodo-acantocéfalo*, *citoplasma-leucocito*); su unión produce una combinación de significados, frente a la reorientación semántica de la raíz que ejercen los afijos (cf. los ejemplos citados).

c) Una tercera cuestión es la de la forma que adquieren estos elementos al incorporarse a las lenguas modernas. En relación a ello, conviene observar dos hechos: primero, que experimentan una adaptación, lógica, a las pautas fónicas de la lengua receptora (de ahí las diferencias entre, v. g., *hidrógeno*, ingl. *hydrogen*, fr. *hydrogène*, it. *idrógeno*); segundo, que a veces sufren variaciones en su parte final. De esas variaciones, la más habitual en español es la presencia en muchos elementos griegos de una terminación *-ia* o *-ía* que no existe en el étimo original: *acromegalia* (de *ακρος* y *μεγαλη*), *hipoxia* (de

<sup>22</sup> De ahí denominaciones como «afijoides» o «pseudoafijos» (Alvar Ezquerro, M., *La formación de palabras en español*, Madrid, Arco/Libros, 1993, págs. 49-50; Urrutia Cárdenas, H., *Lengua y discurso en la creación léxica*, Madrid, Cupsa Editorial, 1978, págs. 179-194), «palabras-sufijos» y «palabras-prefijos», «elementos prefijales y sufijales» (Alba de Diego, V., «Elementos prefijales y sufijales: ¿derivación o composición?», en *Serta Philologica F. Lázaro Carreter*, 1983, Madrid, Cátedra, págs. 17-21).

<sup>23</sup> Cf. Martín Camacho, J.C., «La formación de palabras», págs. 1106-1107.

*hipo-* y *οξυς*), *ergonomía* (de *εργον* y *νομος*). Este proceso se daba ya en griego, donde era habitual que determinadas raíces adoptaran un alomorfo con esa terminación al entrar a formar parte de palabras complejas (*antropofagia* < gr. *ανθρωποφαγια*, de *ανθρωπος* y *θαγη*; *cosmografía* < gr. *κοσμογραφια*, de *κοσμος* y *γραφη*), de modo que puede interpretarse que han sido esos mismos alomorfos los que ha empleado el léxico científico o, en los casos en los que dichos alomorfos no se localizan en la lengua clásica, que se ha imitado el proceso originario.

En conclusión, la diversidad de orígenes de los morfemas empleados en la creación de términos científicos propicia una casuística muy compleja, ya que, en teoría, cada proceso puede materializarse en combinaciones de unidades de los tres ámbitos comentados. A pesar de ello, como el objetivo de este artículo es presentar una tipología de los recursos neológicos del léxico científico, se mostrarán todas las posibilidades combinatorias.

### 2.1.1. Sufijación

La creación de términos mediante sufijos es un mecanismo muy productivo en el ámbito científico. En el corpus manejado se documentan todas las combinaciones posibles, aunque se intuye que sus frecuencias son bastante variables:

#### a) Sufijos del léxico común:

— Con raíces del léxico común: *articulación*, *euforizante*<sup>24</sup>, *obstrucción*.

— Con raíces del léxico científico: *bastoncillo* (de *bastón*, término de biología), *cateterismo*, *clonar*.

— Con raíces grecolatinas: *adiposo*, *botulismo*, *fonación*, *tumefacción*.

#### b) Sufijos del léxico científico:

— Con raíces del léxico común: *cafeína*, *carminita*, *neutrón*.

— Con raíces del léxico científico: *carbonato*, *cloruro*, *radón*.

— Con raíces grecolatinas: *barita*, *cromatina*, *fotón*, *lactosa*, *sacarosa*.

#### c) Sufijos grecolatinos:

— Con raíces del léxico común: *acidosis*, *fibroma*, *halitosis*.

— Con raíces del léxico científico: *apendicitis*, *genoma*, *silicosis*.

<sup>24</sup> Este término se ha formado sobre *euforia* mediante la adición simultánea de los sufijos *-izar* y *-nte*, ya que no se existe —o al menos no se registra en los diccionarios generales— el verbo *\*euforizar*.

— Con raíces grecolatinas: *artrosis, bursitis, hematoma, mitosis, morfema, óvulo*.

Los ejemplos citados ilustran sólo la unión directa de sufijos a raíces, aunque, como es lógico, también se encuentran casos de adición a bases que previamente han experimentado otro proceso morfológico: *esferoide* (sufijación) > *esferoidal, bilingüe* (prefijación) > *bilingüismo, fagocito* (composición) > *fagocitosis*.

### 2.1.2. Prefijación

Tal como sucede en la lengua estándar, los prefijos se emplean en el ámbito científico con menor frecuencia que los sufijos. Por lo que respecta a las combinaciones, en el corpus analizado sólo aparecen prefijos del léxico común y grecolatinos.

a) Prefijos del léxico común:

— Con raíces del léxico común: *infrasonido, sobrepíe, subreino*.

— Con raíces del léxico científico: *anticiclón, subatómico, subcelular*.

— Con raíces grecolatinas: *antisepsia, arritmia, subclavia*.

b) Prefijos grecolatinos:

— Con raíces del léxico común: *hiperactivo, hipocentro*.

— Con raíces del léxico científico: *exoesqueleto, hipoglucemia, retrovirus*.

— Con raíces grecolatinas: *alófono, anopsia, hipertermia, trinomio*.

Como en la sufijación, no es extraño que los prefijos se añadan a bases que han experimentado un proceso morfológico anterior: *atómico* (sufijación) > *subatómico; microscopio* (prefijación) > *ultramicroscopio; aerobio* (composición) > *anaerobio*.

### 2.1.3. Composición

La composición es, sin duda, el mecanismo de mayor rendimiento en la neología científica. En ella intervienen raíces de diversas clases, aunque son mayoría absoluta las de abolengo grecolatino. Teniendo esto en cuenta, se distinguen tres clases de términos:

a) Compuestos formados exclusivamente por raíces grecolatinas<sup>25</sup>. Según la lengua de procedencia, se dan tres combinaciones:

<sup>25</sup> Incluimos aquí sólo aquellas raíces que carecen de existencia independiente en el léxico científico, ya que de lo contrario deben interpretarse como elementos pertenecientes a tal ámbito [cf. los ejemplos de este apartado con los de b) y c) del tipo *bacteriófago* o *arterioesclerosis*].

— Las dos provienen del griego: *andrógeno*, *artrópodo*, *batolito*, *cardiopatía*, *ecología*, *hematocrito*, *mastodonte*, *nitrógeno*, *pirexia*, *teleósteo*, *zoología*.

— Ambas han sido tomadas del latín, algo mucho menos frecuente: *acuífero*, *digitigrado*, *frugívoro*, *genotipo*, *ignífugo*, *pinnípedo*.

— Cada una procede de una lengua: *audífono* (lat.-gr.), *dendriforme* (gr.-lat.), *glaciología* (lat.-gr.), *gonaducto* (gr.-lat.), *lumbalgia* (lat.-gr.), *naturópata* (lat.-gr.).

b) Compuestos híbridos, en los que la raíz grecolatina se combina con:

— Una raíz del léxico común: *abrasímetro*, *calorífugo*, *centrípeto*, *densimetría*, *oligoelemento*, *seropositivo*.

— Una raíz del léxico científico: *alergógeno*, *bacteriófago*, *cancerígeno*,  *cromosomera*, *dinosaurio*, *encefalograma*, *linfocito*, *psicoanálisis*.

c) Compuestos en los que se unen raíces del léxico común y del científico, posibilidad apenas empleada: *arterioesclerosis* (dos raíces científicas); *avefría* (ambas comunes); *ampervuelta*, *inmunodeficiencia*, *sexofobia* (científica y común).

Ahora bien, si se incluyen los compuestos sintagmáticos<sup>26</sup>, el número de formaciones asignables a esta sección aumenta considerablemente. En estos compuestos, se mezclan las raíces científicas y las comunes originando dos estructuras:

— N + A: *agujero negro*, *campo magnético*, *cero absoluto*, *código genético*, *espina bífida*, *raíz cuadrada*, *signo lingüístico*.

— N + prep. + N: *campo de fuerzas*, *cuerpo de Golgi*, *familia de palabras*, *número de cavitación*.

De esta clase de términos, cabe destacar: la frecuencia con que aparecen compuestos múltiples (*círculo de confusión mínima*, *conducto auditivo externo*); las amplias series que se construyen a partir de un mismo elemento (por ej.,

<sup>26</sup> Esta denominación designa las unidades que presentan la estructura formal de un sintagma pero el comportamiento semántico y sintáctico de una palabra (tipo *hombre rana*, *toque de queda* o *cajero automático*). Los debates sobre el nivel al que pertenecen estas formaciones (morfológico, fraseológico o sintáctico) y sobre la subclasificación que les conviene han generado una bibliografía considerable (vid. Alvar Ezquerro, *op. cit.*, págs. 22-27; Lang, M.F., *Formación de palabras en español*, Madrid, Cátedra, 1990, págs. 113-125; Almela Pérez, M., *Procedimientos de formación de palabras en español*, Barcelona, Ariel, 1999, págs. 150-154). Aquí nos limitaremos a aceptar su condición de palabras y a subclasificarlas en función de su estructura formal; respecto a esto último, destaca que en el corpus estudiado sólo aparecen las combinaciones N + A y N + prep. + N, pero no la estructura N + N (*hora punta*, *viaje relámpago*...).

*número* se emplea en matemáticas acompañado, entre otros, por los adjetivos *abstracto, compuesto, entero, imaginario, irracional, natural, perfecto, primo, racional* y *real*); los muchos casos en que la segunda parte del compuesto es un nombre propio (*círculo de Rowland, cuerpo de Malpighio, número de Arquímedes*, cf. § 2.2.4).

#### 2.1.4. Parasíntesis

Aunque este proceso no es muy productivo en el léxico científico, es posible hallar algunos ejemplos de él:

a) Con raíces grecolatinas: *antipirético, catabolismo, diafásico* (gr. φασις), *neologismo*.

b) Con raíces del léxico científico: *avitaminosis, suprasegmental, transuránico*.

c) Incluso, se localizan en el léxico científico casos del tipo de parasíntesis originada por la unión simultánea de dos raíces y un sufijo (tipo *gordinflón*)<sup>27</sup>: *bilirrubina* (*bilis, rubio* e *-ina*), *cenozoico* (gr. καινος, gr. ζῶον e *-ico*), *osteoporosis* (gr. οστεον, *poro* y *-osis*), *poliomiélitis* (gr. πολιος, gr. μίελος e *-itis*).

## 2.2. MECANISMOS NO MORFEMÁTICOS

Son procedimientos que bien no tienen en cuenta la estructura morfémica de las palabras o bien no emplean morfemas para la acuñación de las nuevas palabras. Concretamente, forman un conjunto de recursos que, en su mayoría, aportan escasa funcionalidad a la conformación del vocabulario científico.

### 2.2.1. Siglación

La conversión de un sintagma o expresión compleja en una palabra compuesta por las letras iniciales de tal sintagma o expresión no es, como ya se ha dicho (cf. § 2), un recurso demasiado habitual en la neología científica: *ADN, ARN, PH, SIDA* (o *sida*). No obstante, parece que en otras lenguas el proceso tiene mayor vitalidad, como demuestran numerosos extranjerismos que llegan al español: *láser, radar, sónar*...

### 2.2.2. Abreviatura

La abreviatura es la representación de una palabra o expresión por medio de su primera o primeras letras (*señor* > *Sr.*). Se trata, pues, de un recurso

<sup>27</sup> Sobre esta clase de parasíntesis, vid. Serrano-Dolader, D., *Las formaciones parasintéticas en español*, Madrid, Arco/Libros, 1995, págs. 201-262. Este mecanismo parece más habitual en el léxico científico que en el común, si bien la formación de los términos presenta escasa coherencia intrínseca (vid. el análisis de los ejemplos).

gráfico que, en principio, no sirve para crear nuevas palabras<sup>28</sup>. A pesar de ello, en el léxico científico se emplea *Rh* (reducción de *Rhesus*, nomenclatura del género de primates en el que se descubrió este componente de la sangre), aunque se interpreta como si fuera una sigla.

### 2.2.3. Acronimia

Este mecanismo combina partes de dos palabras o una palabra y parte de otra para producir un derivado cuyo significado resulta de la suma de los significados de las palabras constituyentes: *cantautor* < *cant[ante]* + *autor*<sup>29</sup>. A veces se emplea en la creación de términos científicos, aunque en la mayor parte de las ocasiones las formas localizables en español proceden de otras lenguas<sup>30</sup>. De creación española podrían ser *biónica* (del gr. βίος y *electrónica*) y *vomipurgante* (de *vomitivo* y *purgante*).

### 2.2.4. Nombres propios

El único mecanismo no morfemático que parece gozar de productividad en el léxico científico es el empleo de nombres propios para designar algunos de los objetos, conceptos y unidades con los que trabajan las diversas disciplinas científicas<sup>31</sup>. Esos nombres pueden presentarse de varias formas:

a) Sin modificación: *angstrom*, *atlas*, *fauna*, *hermafrodita*, *kelvin*.

b) Con una terminación *-io* que confiere al término una apariencia más acorde con el vocabulario científico<sup>32</sup>: *amperio*, *berquelio*, *iterbio*, *ohmio*. Que este segmento carece de valor morfológico lo demuestran las frecuentes alternancias entre el nombre propio sin modificación y la forma en *-io*: *ampere* - *amperio*, *ohm* - *ohmio*, *siemens* - *siemensio*.

c) Con un auténtico sufijo, por lo general exclusivo del ámbito científico: *baquelita*, *bauxita*, *morfina*.

d) Como parte de un compuesto sintagmático: *aparato de Golgi*, *campo de Higgs*, *círculo de Mohr*, *cuerpo de Malpigio*, *número de Avogadro*. En esta modalidad, el nombre se mantiene como propio, frente a la conversión en común

<sup>28</sup> Cf. Almela Pérez, *op. cit.*, págs. 203-205.

<sup>29</sup> Cf. Lang, *op. cit.*, págs. 258-260; Almela Pérez, *op. cit.*, págs. 205-210; Casado Velarde, M., «Creación léxica por acronimia», en *Tendencias del léxico español actual*, Madrid, Coloquio, págs. 43-69.

<sup>30</sup> Caso de *informática*, del fr. *informatique* < *information* + *automatique* o *cuásar*, del ingl. *quasar* < *quasi stellar [radio source]*.

<sup>31</sup> Cf. Gutiérrez Rodilla, *op. cit.*, págs. 114-117; García Gallarín, Consuelo y García Gallarín, Celeste, *Deonomástica hispánica: vocabulario científico, humanístico y jergal*, Madrid, Editorial Complutense, 1997.

<sup>32</sup> García Gallarín, Consuelo y García Gallarín, Celeste, *op. cit.*, págs. 9-10.

que se produce en las anteriores; no obstante, puede darse una elipsis del primer término del compuesto que origine esa conversión: *enfermedad de Alzheimer* > *alzheimer*.

Los nombres empleados en este proceso tienen varias procedencias:

Muchos aluden a científicos e investigadores. De ellos, algunos señalan al descubridor del concepto correspondiente (*alzheimer* viene de A. Alzheimer, neurólogo que registró por primera vez esta enfermedad), pero otros responden al reconocimiento de las aportaciones o los méritos de científicos célebres: *amperio* alude a A.M. Ampère, físico pionero en electrodinámica; el *angstrom* es una unidad de medida llamada así en honor del astrónomo A.J. Angström; el término *ohmio* recuerda a G. S. Ohm, investigador de la electricidad.

Otros son nombres de personajes mitológicos que se han identificado por alguna razón con el concepto designado: *atlas* (del gigante Atlas, que sujetaba el mundo en sus hombros, como esta vértebra sujeta la cabeza), *fauna* (nombre de la diosa latina de la fecundidad), *hermafrodita* (de Hermafroditos, personaje que heredó los sexos de sus padres, Hermes y Afrodita), *morfina* (de Morfeo, dios del sueño).

Finalmente, hay nombres referidos al lugar de descubrimiento del objeto: *bauxita* (mineral encontrado en Baux, Francia), *berquelio* (elemento químico descubierto en la Universidad de Berkeley), *iterbio* (metal hallado en Ytterby, Suecia).

### 3. Conclusión

Los recursos a los que acuden las ciencias para conformar su caudal léxico son muy variados. Este trabajo ha intentado mostrar los más importantes, añadiendo a la mera descripción algunas reflexiones sobre los varios aspectos que aproximan y alejan el vocabulario científico del común.

Por una parte, ambos registros emplean los mismos procedimientos. De hecho, todos los mecanismos descritos actúan también en el léxico común y los ejemplos de ello son, por lo general, ociosos, salvo en algunos casos concretos. Por ejemplo, es evidente que no existe terminologización en el vocabulario común, pero sí el fenómeno inverso, esto es, la incorporación de voces del ámbito científico que adquieren nuevos significados (*cáncer* o *arteria* han adoptado en la lengua común significados netamente distintos a los que poseen los términos correspondientes). Por otro lado, los cultismos son más propios de registros especializados y restringidos como la lengua literaria que del que llamaríamos, *strictu sensu*, léxico común; aparte de que queda por comprobar si en esos registros puede producirse la modificación semántica de la forma grecolatina.

Por otra, las divergencias se constatan, ante todo, en las unidades que sirven de base a las formaciones del léxico científico y del común (en especial por lo que respecta al uso de elementos grecolatinos) y en la frecuencia de cada mecanismo, dado que los recursos no siempre tienen la misma productividad en los dos planos.

En definitiva, los procesos neológicos del léxico científico muestran un claro paralelismo con los del léxico común, pero no una identidad absoluta. Este artículo ha analizado algunos de los rasgos específicos de la neología científica, otros sólo han sido apuntados y muchos más quedan para futuros trabajos que quieran profundizar en un ámbito que aún no ha sido suficientemente explorado.